Domingo 8 de enero de 1995

PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

LITERATURA GAY Y LESBIANA

PROHIBIDO PARA QUARRACINO

La historia del movimiento gay y lesbiano logró una identidad propia dentro de la lucha por los derechos civiles de las minorías. Esa identidad ha explotado, sobre todo en el conocimiento y en las artes. Cada vez son más las universidades importantes del mundo que tienen su departamento de estudios gays y lesbianos y las librerías de grandes ciudades capitales que tienen estantes y estantes dedicados a la producción gay y lesbiana. Y no se trata meramente de que los autores de esos libros ejerzan su derecho a una libre sexualidad, porque Henry James, Herman Melville, Gertrude Stein, Virginia Woolf, Djuna Barnes y Allen Ginsberg entrarían en esa categoría. Se trata del relato de todo un mundo de experiencias de identidades diferentes que sorprende, provoca, enseña y deslumbra. En Estados Unidos acaba de aparecer una excelente antología gay y lesbiana, de la que en las páginas 2/3 se reproducen dos cuentos referidos a las dificultades y las relaciones y un ensayo que aborda el drama del sida.

EN CASA

JOHN PRESTON *

Me dieron la licencia de conductor en 1961, cuando tenía dieciséis años. La gran actividad de ese año fue, claro, hacer largos viajes en el auto de mi familia. La periferia de mi coraje y de la paciencia de mis padres fue Portland, Maine, a casi doscientos kilómetros de nuestra casa en Massachusetts.

Fue un shock recordar eso cuando en 1979, sentado en mi apartamento del East Village, en Manhattan, tratando de pensar a qué lugar mudarme, Portland apareció a la cabeza de la lista. Nunca había pensado siquiera en vivir allí, ni siquiera una vez.

Estaba buscando un lugar para mudarme porque me sentía cansado de las ciudades. Había ido a la universidad en Chicago y luego, en rápida sucesión, había pasado por Minéapolis, Filadelfia, Nueva York, Los Angeles, Boston, San Francisco, otra vez Nueva York. Ya estaba en mi tercera década y era un escritor. Era tiempo de cambiar.

Para el Día de Gracias visité Portland. Había desaparecido una gigantesca estación de trenes y en el centro de la ciudad se alzaba un ineludible Holiday Inn, pero eran aberraciones. Restaurar y preservar los viejos edificios era en general el objetivo. Se arrancaron las fachadas plásticas de los edificios y quedó revelada una hermosa arquitectura de mediados del siglo XIX. La mayor parte de Portland se incendió por un accidente industrial en 1866. El núcleo de la ciudad fue rápidamente reconstruido y la zona tuvo desde entonces por características el ladrillo rojo y la piedra de granito gris.

La costanera era uno de los centros de renovación. Donde veinte años atrás yo había visto depósitos abandonados había ahora bonitos edificios de oficinas y restaurantes nuevos. Todo el pavimento estaba hecho de nuevo, el asfalto había sido reemplazado por aceras de empedrado y veredas de ladrillo. El área inclusive tenía un nombre, El Viejo Puerto, para atraer turistas y hombres de negocios.

La vida gay era mucho mejor que lo que yo recordaba. Antes había un bar que tenía pista de baile en la parte de atrás y, cuando un policía o un visitante extraño entraba por el frente, el dueño hacía titilar las luces como señal, para advertir a todas las parejas del mismo sexo que dejaran de tocarse y se sentaran, así no las arrestarían. Ahora había muchos más bares, mucho menos circunspectos. En la entrada de uno encontré pegado un periódico gay de Maine. No era algo sofisticado, pero alentaba la esperanza de encontrar realmente vida gay política y cultural en la ciudad.

Semanas después me mudé a Portland. El grueso de mis recuerdos de los primeros meses es maravilloso. Me sentía feliz. Inclusive las primeras nevadas de invierno me parecían románticas. Me sentía en casa. Y los hombres tenían un elemento erótico diferente. Ser gay en Portland no tiene nada que ver con la imagen promovida de la vida gay. Para empezar, la mayor parte de los hombres que conozco son de clase trabajadora.

Durante todos los años que viví en grandes ciudades, las culturas gays emergentes desarrollaron ciertos estilos de vestimenta, con ideas abiertamente sexuales. La apariencia cuidadosamente cultivada de obreros de la construcción, motociclistas o marineros no era más que la afectación de gerentes, abogados y editores. Los hombres que me encontraba en los bares de Portland *realmente* eran obreros de la construcción. Y si tenían una moto era porque es el transporte más barato, no porque diera estilo. Trabajaban en el puerto porque el salario no estaba mal, no porque fuera sexy.

Claro que hubo un montón de cosas que no me gustaron de ser gay en Portland. Mi preocupación por mis conexiones con las editoriales me hizo tener una casilla de correo y los empleados comenzaron a mirarme con curiosidad cuando me alcanzaban los envíos de publicaciones gays. Sobre sus escritorios empezaron a aparecer notoriamente, cada vez que yo aparecía, unos folletos religiosos.

Como en otras ciudades –más grandes– yo me había portado como figura pública, no pensé dos veces cuando me pidieron que ofreciera un punto de vista gay sobre distintos temas en los diarios y la televisión. Pero eso era algo extraordinario, nunca visto por los hombres gays locales. Inclusive los militantes gays aceptaban hablar en cámara sólo si sus caras aparecían disimuladas. La mayor parte de los tipos que conocí estaban muy impresionados por mi activismo, en mi opinión de poca intensidad. Otros no estaban tan contentos y más de una vez me sorprendió que por la calle un conocido me negara el saludo.

La tensión de eventos de esa índole fue en aumento. Me tuve que mudar dos veces en el primer año. La última vez fui a visitar unos departamentos del centro de Portland. Hugh, el dueño, me mostró uno en un segundo piso, donde en los días de mansión victoriana del edificio debe de haber estado el salón. El departamento me pareció perfecto; yo quería desesperadamente vivir allí, pero estaba escaldado. Sin darme cuenta siquiera me encontré casi gritándole a Hugh: "Usted tiene que saber que soy gay. Me enferma el mero hecho de tener que mencionarlo. No es asunto suyo. Pero no quiero que en el futuro se convierta en un tema". Hugh me miró a los ojos y me dijo despacito: "Tiene razón. No es asunto mío. Nada podría importarme menos". Una semana después me mudé y he vivido aquí por diez años. La vida en Portland se fue volviendo casi demasiado buena. Las molestias parecieron ir desapareciendo. Cientos de personas salieron de las sombras para formar una organización política gay y lesbiana en el estado de Maine.

Una de las escasas ocasiones sociales suntuosas de las que participo ni siquiera es gay: es la fiesta de Navidad que todos los años hacen Hugh y su mujer, Linda. Todos los años me visto elegantemente y me apuro para llegar a tiempo, ansioso por ver qué cocinó Hugh, todo un gourmand. Siempre me quedo hasta el final y ya es una costumbre que Hugh y yo nos quedemos bebiendo un poco, luego. Hace dos años, cuando ya ambos estábamos rosados de alegría etílica, Hugh me acompañó a la puerta y me preguntó: "John, escuchamos algunas cosas sobre el sida. Estamos preocupados. Vos estás perfectamente bien, ¿no?" Me quedé helado mirándolo, no podía encontrar las palabras, no podía mentirle.

–Dios, ¿por qué pregunté?

Había mantenido en secreto mi diagnóstico. Años antes de saber que estaba infectado había visto expandirse la epidemia. Había pensado, para ser franco, que mudarme a Portland podía salvarme. Desde luego que volví algunas veces a Nueva York, a Boston, a California, pero yo ya conocía las nuevas reglas del juego del sexo y escasísimas veces en Maine pensé que me podría haber infectado.

Pero me infecté. Lo sabía desde unos meses antes de que Hugh preguntara.

El año siguiente fue duro. Lleno de sofocantes conversaciones telefónicas con amigos y parientes, lleno de confesiones de sobremesa. Cuando las cosas se pusieron realmente duras, Hugh fue una de las personas a las que llamé. Una vez que lo llamé en un ataque de pánico fuimos a almorzar. Ese día sentí mi vida completamente fuera de control. Tras una comida decente y un vaso de vino me escuchó y me habló de su envejecimiento. Esa tarde terminamos por ser dos tipos sentados hablando sobre la mortalidad.

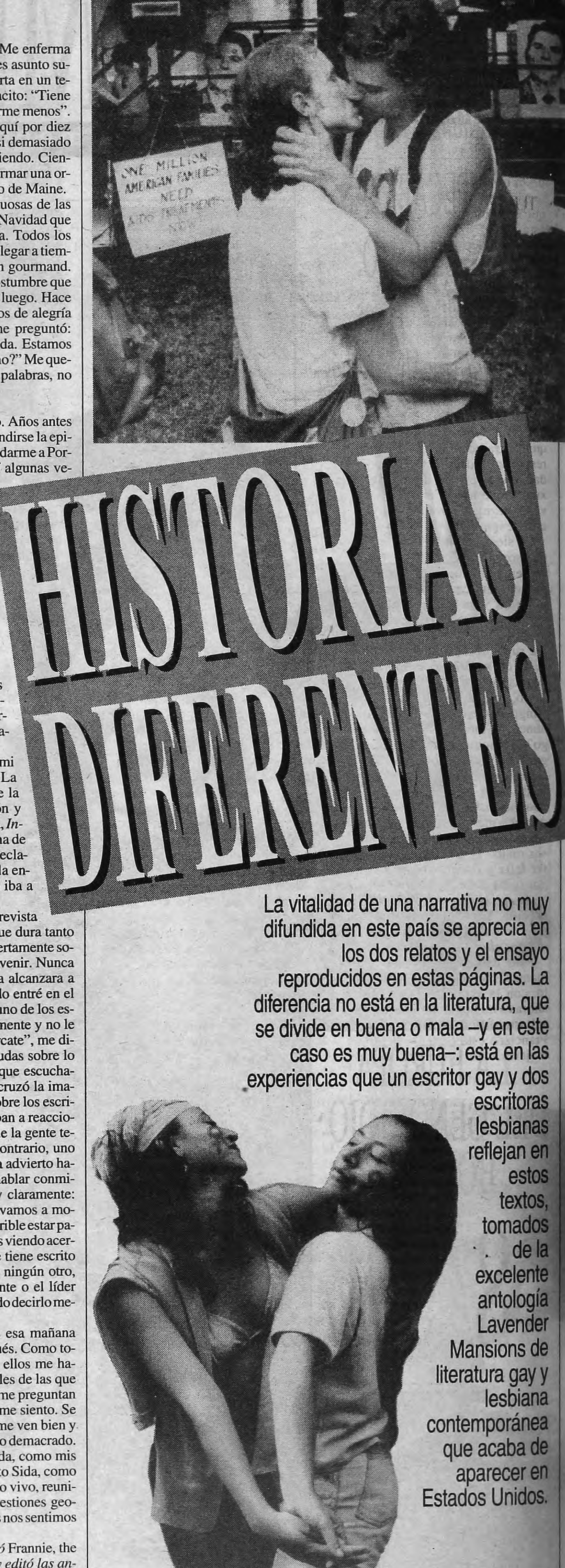
El y Linda fueron parte de mi cura. No de mi cura física sino de mi recuperación espiritual. La manera con que terminé de recuperarme fue la escritura. Escribí ensayos sobre mi infección y reuní textos propios y ajenos en una antología, *Informes personales*. El acto de escribir cada una de las palabras en el papel fue el acto final de reclamo por mi ego. Y lo hice. Había enfrentado la enfermedad y, aun si no lograba derrotarla, no iba a volver a esconderme de ella.

Cuando se publicó el libro acepté una entrevista en la radio pública de Maine. La entrevista fue dura tanto para el periodista como para mí: hablamos abiertamente sobre mi infección y mis ideas de lo que podía venir. Nunca esperé que una entrevista en la radio pública alcanzara a las masas, pero a la mañana siguiente, cuando entré en el correo, todos los empleados se reunieron en uno de los escritorios apenas me vieron. Me miraban fijamente y no le prestaban atención a los otros clientes. "Acercate", me dijo uno de ellos. Me acerqué, con enormes dudas sobre lo que iba a pasar. "¿Es cierto? ¿Es verdad lo que escuchamos anoche en la radio?" Yo asentí. Se me cruzó la imagen de los panfletos religiosos que dejaban sobre los escritorios y comencé a preocuparme por cómo iban a reaccionar estos hombres. Pensé en la ignorancia que la gente tenía sobre el sida. Por el contrario, uno de los hombres, que ahora advierto había sido designado para hablar conmigo, me dijo, con calma y claramente: "Qué mierda. Todos nos vamos a morir, John, pero debe ser horrible estar parado en el medio de las vías viendo acercarse a la locomotora que tiene escrito tu nombre". No creo que ningún otro, ni el escritor más elocuente o el líder político más inspirado, pudo decirlo mejor.

Y eso fue todo, desde esa mañana hasta hoy, tres años después. Como todos los que me conocen, ellos me hablan sobre curas potenciales de las que han leído en los diarios y me preguntan cómo va mi salud, cómo me siento. Se ponen contentos cuando me ven bien y se preocupan cuando luzco demacrado.

Son como Hugh y Linda, como mis compañeros en el Proyecto Sida, como la gente que vive donde yo vivo, reunida no únicamente por cuestiones geográficas sino porque todos nos sentimos en casa.

* *John Preston escribió* Frannie, the Queen of Pronvicetown *y editó las antologías* Flesh and the Word: An Anthology of Erotic Writing *y* Personal Dispatches (Informes personales).



HISTORIAS DIFERENTES

La vitalidad de una narrativa no muy difundida en este país se aprecia en los dos relatos y el ensayo reproducidos en estas páginas. La diferencia no está en la literatura, que se divide en buena o mala –y en este caso es muy buena–: está en las experiencias que un escritor gay y dos escritoras lesbianas reflejan en estos textos, tomados de la excelente antología Lavender Mansions de literatura gay y lesbiana contemporánea que acaba de aparecer en Estados Unidos.

CARTA A MAMA

ARMISTEAD MAUPIN *

Querida mamá:

Lamento haber tardado tanto en escribir. Cada vez que intento escribirles a vos y a papá me doy cuenta de que no digo las cosas que llevo dentro del corazón. Eso estaría bien si yo los amara menos de lo que los amo, pero todavía son ustedes mis padres y yo soy su hijo.

Algunos amigos míos piensan que es una tontería que les escriba esta carta. Espero que estén equivocados. Espero que sus dudas tengan por causa unos padres que los quisieron menos y confiaron en ellos menos que ustedes en mí. Espero, básicamente, que ustedes interpreten esto como un acto de amor de mi parte, un signo de mi siempre viva necesidad de compartir mi vida con ustedes.

Tal vez no hubiera escrito si no me hubieras contado sobre tu participación en la campaña *Salven a nuestros hijos*. Eso, más que cualquier otra cosa, me reveló que mi responsabilidad era decirte la verdad, que tu propio hijo es homosexual y que nunca necesité ser salvado de nada, excepto la piedad cruel e ignorante de cierta gente.

Lo siento, mamá. No lamento lo que soy sino cómo te debés sentir vos en este momento. Sé cómo es esa sensación, porque la mayor parte de mi vida la sentí. Revulsión, vergüenza, desconfianza. Rechazo, a fuerza de temer algo que yo siempre supe, desde chico, que era parte de mi naturaleza como el color de mis ojos.

No, mamá, no fui "reclutado". Ningún homosexual maduro fue nunca mi mentor. Pero, ¿sabés algo? Me hubiera gustado. Ojalá alguien mayor que yo y más sabio que la gente de Orlando me hubiera llamado a un costado para decirme: "Sos normal, pibe. Podés crecer, ser doctor o maestro, como cualquiera. No estás loco, no estás enfermo, no sos malo. Te puede ir bien, podés ser feliz y encontrar paz con amigos –toda clase de amigos– a los que no les preocupe con quién te vas a la cama. Y, sobre todo, podés amar y ser amado sin odiarte a vos mismo por ello".

Pero nadie me dijo eso nunca, mamá. Tuve que descubrirlo yo solo, con la ayuda de la ciudad que ahora es mi hogar. Sé que puede resultarte difícil de creer, pero San Francisco está llena de hombres y mujeres, tanto heterosexuales como homosexuales, que no toman en cuenta la sexualidad para medir el valor de otro ser humano.

No son extremistas ni marcianos, mamá. Son vendedores de negocios, empleados bancarios, viejecitas y gente que te saluda o te sonríe cuando te la cruzás en los colectivos. Su actitud no es condescendiente ni compasiva. Y su mensaje es tan, tan simple: sí, sos una persona. Sí, me caés bien. Sí, está bien si yo te caigo bien.

Sé lo que debés estar pensando ahora. Seguramente te estás preguntando: ¿qué hicimos mal? ¿Cómo dejamos que sucediera esto? ¿Cuál de los dos lo hizo así?

No sé qué contestarte, mamá. A la larga, creo que realmente no me importa. Lo único que sé es que si vos y papá son los responsables de mi forma de ser debo, entonces, agradecerles de todo corazón, porque es la luz y la alegría de mi vida.

Sé que no puedo transmitirte qué es ser gay. Pero puedo decirte qué no es.

No es esconderse detrás de palabras, mamá. Palabras como familia y decencia y cristiandad. No es temerle a tu cuerpo o a los placeres que Dios creó con él. No es juzgar a tu vecino, excepto cuando sea craso o descortés.

Ser gay me enseñó tolerancia, compasión y humildad. Me mostró las ilimitadas posibilidades de la vida. Me brindó gente cuya pasión y amabilidad y sensibilidad han sido para mí fuentes constantes de fuerza. Me hizo conocer la familia humana, mamá, y me gusta ser parte de ella. Me gusta.

No hay mucho más que pueda decirte, excepto quizá que soy el mismo Michael de siempre. Sólo que ahora me conocés un poquito más. Nunca hice conscientemente nada que pudiera dañarte, nunca lo haré.

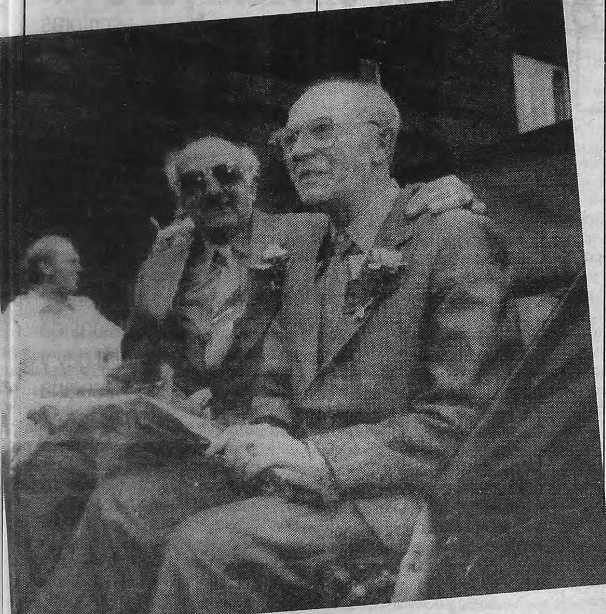
Por favor, no interpretes que tenés que contestarme de inmediato. Para mí es suficiente saber que no tengo que seguir mintiéndole a la gente que me enseñó a valorar la verdad.

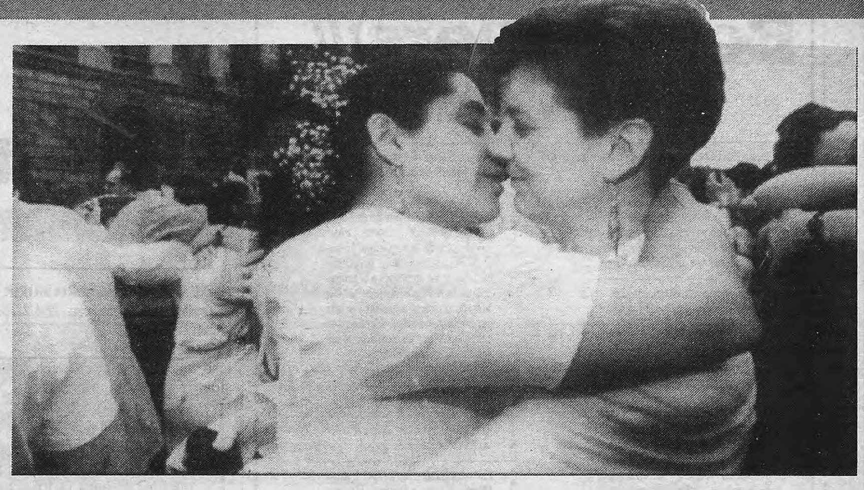
Mary Ann manda cariños.

Todo está bien en Barbary Lane 28.

Tu hijo que te ama,
Michael

**Autora de* Tales of the City, Sure of You *y* May be the Moon, *entre otras novelas.*





EL VESTIDO

JESS WELLS *

Estoy en la tienda de ofertas, después del trabajo; estoy toda tiznada por la tinta y me duele la espalda de haber trabajado el día entero en la imprenta. No estuvo tan mal la compra: encontré un pulóver de lana italiana, una camisa para mi amante y una bata de baño de puro algodón para mí. Mientras descargo las cosas en la caja y se las paso a la tortillera –con bigote y los ojos pintados, para completar–, alzo la vista. Hay un vestido... allí colgado (mi cuello se congela en la posición, inclinado)... un vestido increíble.

–¡Uau! –le digo a la tortillera, que me vio boquiabierta y me hace muecas mientras mira las etiquetas de mis compras– ¿Cuánto cuesta el vestido?

–Veintiuno con cincuenta –me dice–. Es un robo, créame.

Vuelvo a mirar la bata. Bueno, me alegra que sea tan caro: es muy difícil que me gaste veinte dólares en un vestido.

Pero no le puedo sacar los ojos de encima.

Es negro. Es una obra de arte. Es un vestido sin breteles, hasta las rodillas, con una falda piramidal, capas y capas de una tela negra y brillante (no sé su nombre: sólo conozco el algodón y la franela). Bueno, decía, negro y otra capa de negro y encima gasa y red. Cosidas a las distintas capas, sin orden alguno, tiene unas espléndidas amapolitas de satén rosa viejo: chiquitas y más grandes, brillan en diferentes intensidades a través de las capas. No llamativamente, eh, "sólo sugeridas", como diría mi madre. Toda la parte de arriba, hasta el escote ajustado, está hecha de encaje negro.

Probablemente es demasiado chico, pienso, y además mi bata de algodón puro y el resto de las cosas ya está embolsada. Es tiempo de irse.

Y sin embargo digo otra cosa: "Perdón, ¿puede esperar un minuto?". Pongo la bolsa a un costado. "Me tengo que probar ese vestido".

Bueno, justo al mismo tiempo otra empleada descuelga el vestido para una mujer mayor que, obviamente, lo va a comprar para otra persona. Hay un montón de gente a su alrededor porque, como dije, es una obra de arte, el vestido. Ella lo sostiene en alto y las mujeres le toquetean las capas de tela y admiran los motivos. Se la ve muy decidida a comprarlo.

De pronto, llamo su atención con un golpecito en el hombro.

–¿Me permitiría probármelo?

–Claro que sí, querida. Adelante –me dice mientras me echa una mirada maternal.

Debo decirles clara, muy claramente, que yo soy una tortillera. No soy una señora gay ni una mujer homosexual, soy una jodida tortillera que odia a los hombres. No tengo aspecto de heterosexual. No uso maquillaje de nena buena ni trajecitos amorosos ni zapatos aceptables. Soy una maldita tortillera resentida. Y este vestido estrepitoso, que se agita aún entre mis brazos, es como un objeto completamente ajeno a mí, como nada que haya tocado antes. Me saco el chaleco, los pantalones de jogging, los zoquetes gruesos y las adidas altas. Probablemente me va a quedar mal, pienso.

Lo hago resbalar por mi cuerpo desnudo. Comienzo a subirle muy, muy, muy despacito el cierre en la espalda. Pienso que se va a atascar de un momento a otro, pienso que este vestido realmente no es para mí.

Pero el cierre llega hasta arriba. Y es algo increíble, porque el material escurridizo de que está hecho parece caer en pliegues sobre mi trasero y puedo sentir el aire circulando entre mis piernas. El escote tiene un corpiño con ballenas que me rozan las costillas como dedos y puedo sentir el aire que desde abajo llega a envolverme los senos, mis senos que se tocan contra los bordes de esta cosa de encaje, se contraen y vuelven a tocarla. Doy una vuelta y las capas de tela se abren en abanico para deslizarse luego sobre mi trasero: se siente como cuando te hacen labroma de levantar la sábana y volverla a dejar caer. Qué vestido. Arriba me siento totalmente desnuda, aunque sé que no es así, y mi sexo parece enterrado por tanto encaje. En medio de una tienda de ofertas no puedo evitar excitarme.

Ay, estoy pensando, podría usarlo en una Fiesta Sórdida, con guantes negros sin dedos y enormes cadenas, un maquillaje bien pero bien desagradable y tacos aguja. Con este vestido podría sorprender a mi amante. Podría dejarla en la puerta y decirle que sería de mala suerte que viera mi traje o alguna excusa por el estilo; ella se quejaría y haría preguntas y trataría de manejar todo a su modo, pero yo insistiría.

Entonces, media hora después, cuando yo ya estuviera segura de que habría dado unas vueltas y estaría sentada con dos o tres amigos tomando una cerveza, haría mi entrada. No, repito, **no** como una gusanita desesperada sino como una mujer a la que mejor no jodas, una pesada que sabe lo que quiere y te lo puede decir en cualquier momento. Primero, me quedaría parada ahí, dejaría que ella se maravillara. Quizá me quedaría parada ahí y le permitiría acercarse lentamente. O quizá, mientras todas las cabezas girasen (por el vestido, claro, no me engaño), me dirigiría a grandes pasos hacia la pista de baile en busca de esa mujer de ojos verdes a la que amo, como para que todo el mundo se diera cuenta a quién se llevaría esa noche a la cama la del vestido negro. Todo el mundo la vería dar un paso tras otro, expuesta como yo. Sentada en el probador de la tienda de ofertas la puedo ver estremecerse. Me siento tan feliz.

En fin, yo soy una de esas lesbianas que, lamentablemente, no nació lesbiana; no me di cuenta a temprana edad de que era diferente. Durante años (años de los que sólo puedo arrepentirme) fui heterosexual y por ello me sentí bastante mal con lo que podría llamarse mi belleza. Cierro las mínimas rendijas que podían dejar las cortinas del probador. Por favor, que nadie me vea. Como heterosexual no fui una chica linda, fui "una chica inteligente". No era atractiva, era "seria". El encaje estaba fuera de discusión: las mujeres eran discretas, su deber era ser serias, estúpidas, y –lo siento, cariño– yo nunca fui así. En mis días de heterosexual no podría siquiera haber pensado en ponerme este vestido.

Pero ahora no hay problema. Mi amante no va a pensar mal de mí si un vestido es demasiado "femenino", no mientras acaricie los extraños pliegues que caen desde mi cintura. Ahora es posible aceptar... bueno, un poco más de mi... belleza. Y este vestido es mi lado oculto. Me doy cuenta de ello en este probador, cuando me pongo colorada. El poder erótico del vestido no tiene nada que ver con los terribles recuerdos que tengo de cuando usaba faldas en el mundo "normal". El aire que sube por mis piernas no me dice que estoy expuesta y sin protección en un mundo de hombres sino que estoy en mi mundo seguro de sexo con mujeres a las que elijo, para hacerme vulnerable ante el amor.

No recuerdo haberme sacado el vestido. Lo primero que advierto es que estoy de nuevo dentro de los joggings rogándole a la señora. ¿Está segura, pero segura de que quiere comprar el vestido? Sí, está segura. Lo compra.

Luego estoy cruzando la calle Valencia hacia el gimnasio, para levantar pesas y practicar boxeo. Sólo una lesbiana, pienso: en un momento cubierta de encaje y casi acabando en un probador y al momento siguiente en camino al punching-bag.

Sentada en una silla plegadiza, en el vestuario del gimnasio, mientras trato de calmar el temblor de mis manos, me sorprende cuánto deseo ese vestido aún. Me odio por no haber insistido en comprarlo. Supongo que si no hubiera estado tan impresionada por el efecto del vestido sobre mí podría haber discutido con la mujer, hasta la podría haber estampado sobre la caja. O quizá pensé en ese momento: "Esto es demasiado poderoso, que se lo lleve, no quiero saber nada con él". O tal vez: "Esto es tan precioso que no lo merezco". Como un primer beso, ningún vestido podrá nunca sercomo éste. No es que mis manos tiemblen o me agiten un poco: es que me estoy sacudiendo aún por cómo me sentí en ese vestido. Desnuda. Poderosa. Vulnerable. En realidad, tan vulnerable que creo que quizás en el guión no quedaría yo dando zancadas hacia la pista de baile sino llegando a esa danza imaginaria del brazo de mi amante, ambas empujadas por mi exhibición.

Voy al gimnasio, estoy frente al punching-bag. Pienso en todo ese encaje negro. Mientras cubro mis nudillos, entrelazo mis dedos con las vendas de protección, me pongo en posición, alzo un puño a la altura de mi cara y preparo el otro para golpear, sólo puedo sacudir la cabeza y pensar una cosa: "Ay, ese vestido".

** Jess Wells es autora de dos volúmenes de relatos,* Two Willow Chairs *y* The Dress/The Sharda Stories. *Su primera novela se llama* Aftershocks.

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Durante la agonía de su hija Paula, la autora de *La casa de los espíritus* le relató la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y algunos avatares de Chile, y son esos relatos los que reúne en este volumen.	1	4
2	*Huésped de un verano*, por Magdalena Ruiz Guiñazú (Planeta, 14 pesos).	3	3
3	*Nada es eterno*, por Sidney Sheldon (Emecé, 17 pesos).	2	18
4	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos).	4	11
5	*De cómo los turcos descubrieron América*, por Jorge Amado (Emecé, 12 pesos). El autor de *Doña Flor y sus dos maridos* vuelve al mítico clima del nordeste brasileño para contar la historia de dos amigos turcos que a comienzos de siglo emprenden una nueva vida esperando hacer negocios y terminando por protagonizar enredos.	5	2
6	*La pesquisa*, por Juan José Saer (Seix Barral, Colección Biblioteca Breve, 13 pesos).	7	6
7	*Cuentos completos*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 25 pesos). Recopilación de toda la ficción breve del autor de *Inventario* y *La borra del café*, en una excelente edición no sólo para fanáticos.	8	4
8	*Del amor y otros demonios*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 15 pesos).	–	33
9	*La tierra incomparable*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, Colección Biblioteca del Sur, 13 pesos).	10	14
10	*Bajo el signo de Géminis*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 15 pesos). Flora descubre a los 22 años que su familia le ha ocultado la existencia de una hermana gemela. Conocerla cambiará su vida, entre otras cosas porque la embarcará en un viaje de insospechado desenlace, la enfrentará a oscuros secretos familiares y la expondrá a una traición.	–	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los dueños de la Argentina, II*, por Luis Majul (Sudamericana, 18 pesos).	1	8
2	*Cortinas de humo*, por Jorge Lanata y Joe Goldman (Planeta, Colección Espejo de la Argentina, 16 pesos). Una monumental investigación sobre los atentados a la Embajada de Israel y la sede de la AMIA. Más de doscientos testigos y una compleja maraña de evidencias que echan luz sobre un caso aún no resuelto por la Justicia.	3	3
3	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Calpe, 16 pesos).	8	2
4	*El ángel*, por Víctor Sueiro (Planeta, 15 pesos).	2	8
5	*Los ángeles de Charlie*, por Fabián Doman y Martín Olivera (Planeta, 14 pesos).	6	2
6	*Historia integral de la Argentina, I*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). Primero de los nueve volúmenes, subtitulado "El mundo del descubrimiento", en los que el historiador, autor de *Soy Roca* y *Breve historia de los argentinos*, piensa recorrer los acontecimientos que hicieron de este país lo que es.	–	1
7	*Escenas de la vida posmoderna*, por Beatriz Sarlo (Ariel, 13 pesos).	–	22
8	*Cruzando el umbral de la esperanza*, por Juan Pablo II (Plaza & Janés, 19,80 pesos).	7	10
9	*Los argentinos por la boca mueren, II*, por Carlos Ulanovsky (Planeta, Colección La Mandíbula Mecánica, 10 pesos). Nuevo compendio, interpretado y explicado, de los curiosos hábitos lingüísticos patrios, con todo y glosario para no quedarse atrás.	–	1
10	*Horóscopo chino*, por Ludovica Squirru (Atlántida, 12 pesos). Sea el lector el animal que sea, encontrará en estas páginas –si cree en las orientales predicciones– una guía para el año recién estrenado.	–	1

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), El Monje (Quilmes); El Aleph (La Plata); Ameghino, Horno Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

María Elena Walsh: **Los poemas** y **Las canciones** (Seix Barral, Colección Biblioteca Breve). Desde su primer poemario hasta las tonadas con tranvías, el famoso mono liso y la reina Batata, estos volúmenes reúnen la obra de una autora consagrada.

J.R.R. Tolkien: **Cartas** (Minotauro). Compendiadas por Humphrey Carpenter y el hijo del autor de *El señor de los anillos* estas cartas lo muestran como un hábil comentarista del mundo de la Tierra Media y como el académico brillante que nunca dejó de ser.

LANZALLAMAS

Hasta que refresque

Cuenta la leyenda que cuando Roberto Arlt estaba finalizando la continuación de *Los siete locos*, se oyó en la redacción del diario *El Mundo*, donde publicaba sus famosas "Aguafuertes", el siguiente diálogo:

–Rajá, turrito, rajá. Largá el lanzallamas que hace cuarenta grados a la sombra.

–Bueno –respondió Arlt, con gesto resignado.

Y esta sección en su honor bautizada, que ha practicado por mucho tiempo ciertas variantes malignas y benévolas del alacraneo arltiano, no puede sino compartir esa resignación del autor de *El juguete rabioso* y llamarse a un silencio veraniego.

Vayan aquí las razones de este paréntesis porque, se sabe –al menos eso es lo que se rumorea–, que este Lanzallamas tiene multitud de lectores. Antes de la existencia del Mercosur había verano, sí, pero era otra cosa: menos tropical, más tanguero. Pero después del tratado todo se volvió más furioso y la actividad literaria optó, frente a la alternativa de creer que todo el año es un carnaval carioca, por sumirse en un sopor de siesta.

Basta con asomarse a los lugares a los que concurren escritores e intelectuales para enterarse de que, salvo Juan José Sebreli que lee a Hegel al lado del aparato de aire acondicionado y algunos jóvenes que se dejan acariciar los fines de semana por el viento de los ventiladores del bar de Gandhi, el resto está ausente. Pero eso no es todo. Autores, editores, agentes de prensa, protopoetas, iniciados e interpretadores de la realidad nacional montaron una intensa campaña de rumores para hacer creer a la parva de devotos que devoran sus lucubraciones que están descansando en algún remoto lugar del planeta.

Esta sección está en condiciones de afirmar que la cosa no es para tanto. La mayoría de ellos está recluida en sus hogares, frente al televisor, tratando de que nadie se entere de que están en Buenos Aires abanicándose con las hojas de los libros editados por sus colegas durante el año. Por lo tanto, como eco del estado de tanta inactividad y de la inspiración de Roberto Arlt que esperó con su Lanzallamas hasta que aflojara, éste se despide de los lectores hasta que refresque.

Carnets///

ENSAYO

O JUREMOS CON GLORIA MORIR, por Esteban Buch. Sudamericana, 1994, 212 páginas.

La trama secreta de

El Himno Nacional se canta en la escuela, en el teatro, en los cambios de gobernantes, en el servicio militar, ahora optativo, en las manifestaciones, en los actos políticos, en los partidos de fútbol del seleccionado argentino y en los recitales de Charly García. Lo cantaron los hombres de la Revolución de Mayo, los de la generación del 80, los intelectuales del Centenario, los radicales desde Hipólito Yrigoyen, los socialistas, los peronistas acompañándolo con la marcha partidaria, los militares y los guerrilleros.

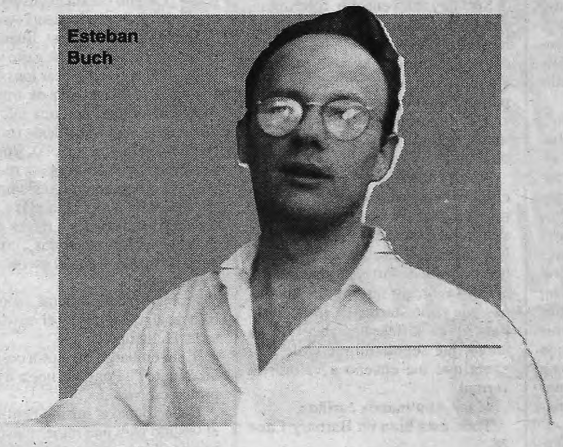
En definitiva, desde aquel 11 de Mayo de 1813, cuando una sesión de la Asamblea General Constituyente le dio el rango de "única marcha nacional", el Himno fue entonado por casi todos.

En *O Juremos con gloria morir*, Esteban Buch asume la apasionante tarea de rastrear y leer la historia del símbolo patrio; pero al mismo tiempo, el análisis de cada situación histórica en que se lo cantó, como así también el de los múltiples discursos que lo nombraron o definieron, sin dejar de lado el de las exaltadas polémicas que despertaron las modificaciones o simplemente el intento de hacerlas, va descubriendo otra historia, la de las diferentes operaciones discursivas que contribuyeron a construir el imaginario colectivo llamado Nación.

Ya en su anterior libro, *El pintor de la Suiza argentina*, un ensayo sobre el pintor alemán Antoon Maes que llegó a la Argentina con un pasado dudoso, Esteban Buch demostró manejar un minucioso y paciente arte de lectura, que a partir de artículos periodísticos, declaraciones del propio Maes y de sus conocidos, va descubriendo una trama secreta de aspectos no dichos, de pactos de silencio que hicieron posible la construcción de una nueva biografía para el artista nazi refugiado en Bariloche.

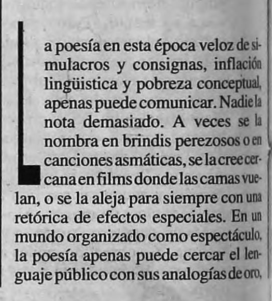
Este incursionar por enunciados, en el caso de *O juremos con gloria morir*, desmantela ingeniosamente el rol del Estado en la elaboración de imágenes y mitos fundadores. En el epílogo de su libro, Buch sostiene que más allá de la diversidad de voces que dijeron y dicen *himno*, éste no es "un significante vacío, al que cada uno da un significado arbitrario en función de su propio discurso", sino que hay dos elementos decisivos en torno del grito sagrado que cierran su multiplicidad de sentidos: todos los que cantan el himno están diciendo que "lo nacional es una dimensión de su propio discurso" y, además, participan de la creencia unánime de ser la Nación cantándose a sí misma.

Creado por el Estado con un fin ins-



ENSAYO

CIUDAD GOTICA, por María Negroni. Bajo la luna nueva, 1994. 138 páginas.



La poesía en esta época veloz de simulacros y consignas, inflación lingüística y pobreza conceptual, apenas puede comunicar. Nadie la nota demasiado. A veces se la nombra en brindis perezosos o en canciones asmáticas, se la cree cercana en films donde las camas vuelan, o se la aleja para siempre con una retórica de efectos especiales. En un mundo organizado como espectáculo, la poesía apenas puede cercar el lenguaje público con sus analogías de oro,

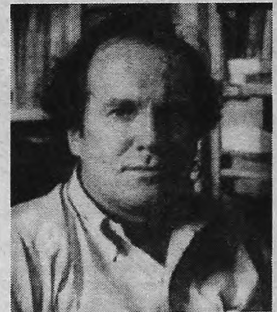
FICCION

Un inglés en el extranjero

EN RESUMIDAS CUENTAS, por William Boyd. Alfaguara, 1994, 220 páginas.

En *Una investigación filosófica* (1993), novela de Philip Kerr, la computadora LOMBROSO asigna el nombre del filósofo austríaco Ludwing Wittgenstein a un asesino serial que empieza consecuentemente a comportarse y a racionalizar sus acciones en el lenguaje de aquél: el nombrar confiere significado. Imágenes discontinuas de la vida de Wittgenstein se suceden en "Noches transfiguradas", el último de los 18 relatos que el narrador británico (nacido en Ghana) William Boyd compila en *En resumidas cuentas*.

Su novela *Brazaville Beach* (1991) narra las transformaciones que sufre en Angola la existencia de una joven etóloga por el encuentro con una celebridad –académica pero también massmediática– cuya deshonestidad científica es una imprevista tribulación que se añade a las más tópicas que sufren las mujeres en profesiones patriarcales. La lógica matemática de Wittgenstein es obviamente una versión radicalizada de la racionalidad científica; la narración de Boyd presupone el choque de sus deslumbrantes sutilezas con las condiciones de la vida ordinaria.


William Boyd

En otro de los relatos, "Todavía no, Jayette", el narrador es un ex actor de televisión. Hacía de niño hasta que su voz cambió y perdió el trabajo: en la serie tuvieron que matarlo pausiblemente. Ahora deambula por Santa Mónica; conoce todo acerca de los insultos humanos y decorativos de la California del sur y suburbana. Sus gustos son bajos pero pretende que su Gusto, por supuesto, sea razonablemente alto: quiere encontrarse en la playa con el escritor inglés exiliado Cristopher Isherwood. Al éxito en este empeño es a lo que se refiere el título.

La acción de las restantes, breves narraciones, se desarrolla también en Los Angeles, o en París, Escocia, la inhallable y africana Ngkosamba, Niza, los Alpes marítimos, el sur del mar de China, Lisboa. Todas son de un laconismo implacable, que no puede ser interpretado y a la vez no puede ser malentendido. En todas, Boyd logra vencer un temor que parece asediarlo y que es característico de la literatura inglesa de posguerra -pero también anterior-: que la sátira de la vida cotidiana trivialice *emociones genuinas*, de modo que sea el satirista, y no su objeto, quien resulte trivial. Esta victoria es la misma que salva a *Brazaville Beach*: cuando empezábamos a cansarnos de las ansiedades poscoloniales y del debate sobre la autoridad de la ciencia, Boyd deja de preocuparse por la densidad psicológica de los personajes y la novela cambia de tono: la protagonista es raptada por una divertida brigada revolucionaria cuyos integrantes eran anteriormente los de un equipo de voley.

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

Himno

itrumental muy preciso, el reclutamiento de hombres y la fabricación de consenso para defender la revolución, les propuso a los hombres volverse héroes en defensa de la libertad y los hermanó mediante la emoción lírica. Hoy los gobiernos cuentan con otras armas para entusiasmar a las masas, y en este sentido sostiene Buch que "los himnos nacionales son, en canto instrumentos, una especie de fósiles que han sobrevivido sólo al transformarse en otra cosa: un símbolo patrio". Convertido así en el espacio de la memoria de la República Argentina, la entonación de las estrofas del Himno Nacional por todos los presentes refuerza la identidad colectiva y señala la fidelidad al poder del Estado que lo creó.

O juremos con gloria morir rastrea a lo largo de toda la historia argentina las distintas voces que se disputaron este dispositivo simbólico, el mito fundador que hace del ciudadano un héroe, para usarlo "como arma, escudo, invocación, estímulo o coartada, o incluso, simple lugar común". Como declaró su autor, "este libro será útil si logra que, en alguno que otro lector, el himno sea, en vez de la adhesión mecánica o ferviente al rito que supimos conseguir, una pregunta suave y molesta sobre el precio simbólico del grito".

ESTEBAN BUCH

O juremos con gloria morir

Historia de una Épica de Estado.

EDITORIAL SUDAMERICANA

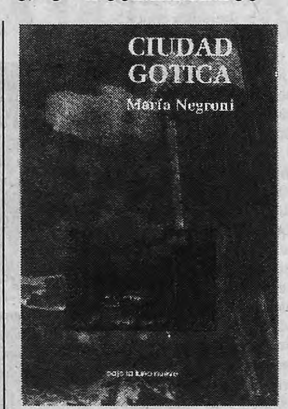
GABRIELA LEONARD

Un álbum de familia

u elogio de las diferencias y sus trágicas utopías. Con serena desesperanza, María Negroni habla en este libro de esos hechos melancólicos. Y lo hace desde uno de los centros del mundo, la zona más irreal y ubicua del planeta, donde Occidente se autorrepresenta con fruición: Nueva York. "Los textos que reúne este libro son amuletos –comienza–. Señales o huellas que dejo en el camino, no para asegurar un regreso sino para recordar –cuando haga falta– que yo viví aquí alguna vez."

En los ensayos de la primera parte, "Melpómene en Manhatan", hay una obsesión central: el carácter comunicable de lo poético en el mundo actual. Esta reflexión se tiende entre dos vías. Por un lado, analiza algunas posibilidades en los que la poesía se vuelve, también ella, espectáculo, como en las performances de los nuevos poetas beats o las representaciones caricaturescas de la poesía latinoamericana. Por otro lado, vindica ciertas actitudes poéticas donde prevalecen el apartamiento y la gravedad: por ejemplo Cage, Robert Duncan, Galway Kinnell. De algún modo, se opone al espectáculo el contrapunto del silencio, como reserva de sentido y posibilidad inaudita de comunicación real. El ensayo "Orfeo y el corazón de la noche" es, en ese orden, casi un manifiesto. No se crea, sin embargo, que Negroni es anacrónica: su virtud radica en que sus esencias son disparadas en el vértigo del relámpago de lo actual. Su aspiración es un futuro posible de la poesía, su nostalgia.

La segunda parte, "Mujeres: la pasión del exilio", es un mapa de preferencias sobre mujeres poetas norteamericanas: Marianne Moore, Elizabeth Bishop, Anne Sexton, Adrienne Rich, Louise Glück, H. D. (Hilda Doolittle) y Sylvia Plath. La mirada es casi autobiográfica: una historia de lecturas, de elecciones y de problemas poéticos. Es, también, biográfica. Negroni analiza ciertos pormenores de esas vidas poéticas. Pero hay un tercer plano entre el examen crítico y el relato de la vida, surge una azorada ansiedad por explicar los modos terribles en los que la poesía puede asumirse, el lado peligroso de la belleza. El ensayo revela la congruencia de lo fatal, el precio posible de alcanzar el deseo. Su objeto son algunas mujeres poetas, cuya condición misma es arriesgada. Hay una profunda agonía elemental en estos retratos, hay un tono grave y lúcido que desmiente toda frivolidad. La apuesta estética insinuada en la primera parte del libro aquí se multiplica. "La elipsis vital de Anne Sexton parece confirmar que la poesía, esa actividad fascinante y horrible, sólo puede ejercerse desde el centro del vacío, a merced de las cedulas que tienden las palabras", se lee en "El caso Sexton", uno de los textos más conmovedores del libro.



En estos ensayos, sostenidos con el pudor de una nítida inteligencia, no está ausente la crítica pero sí la impiedad. En ellos, la ironía no es una máscara de cinismo sino un escudo contra lo banal. También lo es la belleza de su construcción. Y hasta se reconoce en ellos la generosidad de hallar en el seno mismo de aquello a lo que se opone, al menos la posibilidad de persistir. Libro personal, la abundancia de fotografías recuerdan un entrañable álbum de familia. Por ahora sigue siendo algo secreto, pero el placer que reserva un texto ineludible como *Ciudad gótica* será el de la relectura.

JORGE MONTELEONE

POESIA

Asuntos del corazón

TEORIA SENTIMENTAL, por Mirta Rosenberg. Libros de Tierra Firme, 1994, 52 páginas.

La palabra "sentimental", común a varios idiomas europeos, tiene una historia breve pero eminentemente literaria. Aunque el diccionario de Corominas es poco informativo al respecto, y sólo consigna que aparece en castellano recién en la segunda mitad del siglo XIX, el de Littré supone que ingresa en el francés vía el *Viaje sentimental* (1768) de Lawrence Sterne. Emocionados por el homenaje galo, los autores del Oxford English Dictionary lo citan en primer término, sólo para indicar acto seguido que la palabra ya es usada en la correspondencia de Richardson del año 1749. Más allá de las disputas lexicográficas, sin embargo, se puede decir que el adjetivo "sentimental", desde la novela inglesa del siglo XVIII hasta el tango rioplatense del XX, se ha mantenido fiel a sus orígenes literarios al punto de que su único cambio semántico fue un cambio de polaridad: calificar a una cosa o persona de "sentimental" era favorable en el XVIII, pero es por lo común desfavorable en el XX.

Mirta Rosenberg, autora de un admirable libro de poemas (*Madam*, 1988), directora de la editorial de poesía Bajo la Luna Nueva y traductora de literatura inglesa y norteamericana, no desconoce la filiación –la prosapia– del adjetivo que ha empleado en su título. De hecho, al usar ese adjetivo para la palabra "teoría", genera una ambigüedad tan irritante como productiva. El lector deberá optar entre una "teoría de los sentimientos" (algo que suena a proyecto dieciochesco e imposible, que pasa a Freud olímpicamente por alto) y una "teoría" que peca de sentimentalismo (algo que parece una contradicción en términos).

El libro de Mirta Rosenberg, que viene precedido por un ensayo introductorio de María Moreno, consta de tres partes: "Teoría sentimental", "Lo seco y lo mojado" y "La herida íntima". Quienes conozcan a la autora no se asombrarán de encontrar rimas internas, verbos en posición final, negritas, comillas y toda una panoplia de recursos que emparentan al libro con la obra de Hugo Padeletti. El vínculo es explícito ("Mi maestro se llama Hugo, ahora, dentro/ de unas horas o de doscientos años"), pero sólo tributario en el mejor de los sentidos, puesto que esos recursos ya se han incorporado hace tiempo a la respiración de Rosenberg y no cumplen, como en Padeletti, una función incantatoria, que aísla al poema del mundo. Los versos de Mirta Rosenberg tienen destino, están dirigidos a una segunda persona que en la credulidad de la lectura se vuelve física y real; es más: están dichos por un yo lírico ("You'll never know/ how much I miss you." *YOU* es tú, sos vos,/ *SOS*, como un pedido de auxilio") al que resulta difícil considerar hecho de sustantivos y adverbios. Por momentos, *Teoría sentimental* logra algo extraño y dichoso, consigue no sólo que los "asuntos del corazón" existan, sino que parezca posible hablar de ellos.



Hay una manera de solucionar la productiva pero irritante ambigüedad del título de Rosenberg. Basta con terminar el libro, tarea nada ardua debido a la excelencia de los poemas, y recordar la carga favorable que tenía la palabra "sentimental" en sus comienzos. "Sentimental" era una cosa o persona, según el Oxford English Dictionary, caracterizada por lo refinado de sus sentimientos. Hablar de una "teoría sentimental", pues, constituye quizá una figura retórica (el término técnico es *hipálage*) que le asigna a la teoría las características de quien la formula. Hoy en día, el sentimentalismo vuelve a ser síntoma de que se poseen sentimientos refinados.

EDUARDO GLEESON

PERSIANA AMERICANA



INTERACCIONES, por Sheldon L. Glashow. Tusquets, Colección Metatemas, 1994, 398 páginas.

Este libro, subtitulado *Una visión del mundo desde el "encanto" de los átomos*, escrito por el Premio Nobel de física Sheldon Glashow, logra algo que a priori parecería imposible: contar y explicar la historia de la física de este siglo desde Einstein hasta la actualidad de manera inteligible y amena. Es realmente grato recorrer las páginas en que se mezclan la vida personal del autor con las sucesivas hipótesis y descubrimientos de esta ciencia que no deja de proponer continuamente nuevas visiones del mundo y de encontrar partículas en el núcleo mismo de la materia.

TRAS EL UMBRAL, por María del Carmen Tapia. Ediciones B, 1994, 748 páginas.

Este libro sobreabunda, casi como una penitencia de su autora, en páginas (son casi setecientas cincuenta en letra chica) y en subtítulos: *Una vida en el Opus Dei* y, como si esto no fuera suficientemente explícito: *Un viaje al fanatismo*. Demás está explayarse en su argumento pues se trata de una larga acusación contra el autoritarismo, el carácter reaccionario y las prácticas habituales de esta organización religiosa fundada en España después de la Guerra Civil y con ramificaciones en varios países del mundo, entre ellos la Argentina. Su autora llegó a ocupar un alto cargo en la organización antes de renunciar y hace una documentada acusación contra sus ex cofrades.

BATHORY, por Isabel Monzón. Feminaria, 1994, 118 páginas.

Quien haya leído a Alejandra Pizarnik o *62. Modelo para armar* de Julio Cortázar ya estará al tanto de la existencia de un equivalente femenino y también transilvano del conde Drácula: la condesa Bathory que, según cuenta la leyenda, se bañaba en sangre de vírgenes para conservar la juventud, y para tales menesteres se cargó a seiscientas cincuenta jóvenes. Isabel Monzón, psicóloga especializada en la problemática de la mujer, reconstruye y analiza esta figura situándola en su contexto y en el marco de la situación femenina y los recorridos del deseo.

EL REVES DE LA FILOSOFIA, por Samuel Cabanchik. Biblos, 1994, 186 páginas.

El autor, profesor de filosofía en la UBA, analiza, centrándose en la figura de Ludwin Wittgenstein, el problema del escepticismo. Recorre y organiza con claridad una cuestión que marca el pensamiento filosófico de este siglo y que establece una polémica no explícita entre Heidegger y Wittgenstein acerca de hasta dónde puede llegar la palabra en el conocimiento y explicitación del mundo y del ser. En ese sentido el libro resulta útil como reflexión y como introducción a uno de los núcleos centrales del pensamiento actual, y que se ha extendido a concepciones de la sociedad y del arte.

VISITANTES EN LA MEMORIA, por Marcelo Leonardo Levinas. Atlántida, Colección Voces del Plata, 1994, 218 páginas.

En esta primera novela, Marcelo Levinas encontró tanto una trama como un estilo despojado que la hace eficaz. Relato policial, se mezcla con la narración de la vida de un nieto que debe develar los misterios del asesinato de su abuelo y es visitado por ensoñaciones de una mujer mientras recorre el paisaje de Villa Crespo, descripto con singular acierto.

DESDE LA PERPLEJIDAD, por Javier Muguerza. Fondo de Cultura Económica, 1994, 710 páginas.

Este libro del filósofo español Javier Muguerza se propone como una reescritura de *La guía de los perplejos*, de Maimónides en los tiempos del posmodernismo. Centrándose sobre todo en la figura del alemán Jürgen Habermas, y a pesar de cierto abuso de gracejo y coloquialismo, Muguerza demuestra ser un pensador lúcido que pasa revista a toda la filosofía moderna desde Kant hasta los posestructuralistas, pasando por Hegel y Nietzsche, colocándose siempre cerca de un lector atravesado por la experiencia de estar perplejo ante un mundo que ha ido perdiendo sus certezas.

SE REEDITA "RESTOS HUMANOS" DE ALVARO ABOS



Publicada por primera vez en 1991, la novela "Restos humanos" fue una impactante transposición narrativa del famoso asesino de Alcira Methyger por el descuartizador Jorge Eduardo Burgos. Ediciones de la Urraca vuelve a publicar la obra y en estas páginas se reproduce un fragmento del posfacio de Jorge B. Rivera que presenta esta nueva edición.

JORGE B. RIVERA

El 19 de febrero de 1955 –sábado de Carnaval– comienzan a aparecer, esparcidos por diversos puntos de Buenos Aires y sus alrededores, los restos descuartizados de una mujer joven. La investigación policial, en la que participó entre otros el legendario comisario Evaristo Meneses, identificó finalmente a la víctima y al victimario como Alcira Methyger, una sirvienta de 27 años llegada desde el interior del país, y Jorge Burgos, un corredor de libros de 31 años con una discreta formación cultural.

Las diferencias sociales entre ambos actores no dejaron de ser advertidas y de polarizar las actitudes populares frente al hecho. Los móviles del crimen eran eminentemente pasionales –alguien habló del caso como del último crimen pasional "limpio", por oposición a la sordidez y brutalidad de muchos que le sucedieron– y el juez que intervino en la causa desestimó la tesis del homicidio preterintencional alegada por Burgos y lo condenó por homicidio simple a catorce años de prisión.

Burgos cumplió parte de la condena (nueve años) y fue liberado por buena conducta. En la cárcel se había convertido a una de las denominaciones protestantes, y al salir en libertad se dedicó a la predicación evangelista en localidades de provincias.

Los grandes vespertinos de la ciudad –*Crítica, Noticias Gráficas* y *La Razón*– y la revista "amarilla" *Ahora* (con una venta estimada en los 600 mil ejemplares), cubrieron ampliamente la crónica del crimen y contribuyeron a alimentar, con sus hipótesis e historias escabrosas, una curiosidad popular que se mantuvo activa más allá del esclarecimiento de los móviles y las identidades, e inclusive de la propia condena. Varios meses después, un pequeño libro escrito o firmado por Burgos desde la vieja Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras –*Yo no maté a Alcira*, Ediciones B.M., 1955– agotaba ejemplares y era un auténtico éxito de quiosco. En ese texto Burgos narraba su relación con Alcira, sugería una deslealtad de la muchacha y esbozaba una explicación de su conducta.

En ese verano presagiador de 1955 el asunto Burgos, con sus propias notas de horror, se sumaba en la memoria popular a una galería negra de casos criminales resonantes: el estremecedor infanticida Santos Godino, alias "El Petiso Orejudo", una verdadera pesadilla de 1912; el asesinato del millonario Livingston (1914); el secuestro y muerte de Ayerza por la mafia; la violación y asesinato de la niña Marthita Stutz a fines de los años '30; el asesinato y mutilación del niño Eugenio Pereyra Iraola (1937); el caso del cura homicida Mazzolo (1950), etcétera.

La idea sacrificial del desmembramiento no falta en el *Pop Vuj* quiché y en otros libros o documentos de las antiguas culturas americanas, y vale la pena recordar que grandes rebeldes coloniales como Lope de Aguirre o Túpac Amaru fueron precisamente descuartizados como castigo por su alzamiento contra la autoridad del rey.

En la esfera más modesta del fait divers periodístico, hacia mediados y fines del siglo XIX, las colecciones del Segundo Imperio y la Tercera República francesa ratifican el progresivo gusto popular por lo macacro y atroz, con titulares que confirman cierta vinculación, quizá fantástica, entre descuartizamiento y gastronomía ominosa, como *"La mujer y los hijos asesinados y cortados en pedazos para asarlos"*, o *"¡Un crimen espantoso! Un hombre de 60 años cortado en pedazos por su hermano y su cuñada, hervido en una marmita y arrojado como comida a los cerdos. ¡Detalles horribles!"*, entre otros, que abundaron en canards impresos en París y Avignon entre 1880 y 1886, en una etapa en la que todavía se mantenían vivos los macabros recuerdos del descuartizador Cravantor, condenado a la guillotina en 1840, de madame Henebois, despedazada por su marido en 1849, y de la famosa descuartizada de Saint-Ouen (1873).

En el memorial rojo del Río de la Plata no faltaban desde luego, antes del episodio Burgos, los antecedentes de descuartizamientos famosos. Uno de los casos más resonantes, en 1915, fue el descuartizamiento de Augusto Conrado Schneider por su socio y el posterior ocultamiento de los restos en el lago de Palermo, un hecho de gran repercusión pública, a pesar de la relativa incipiencia de la "crónica roja" porteña, que llegó a inspirar una difundida copla risueña, que se cantaba por entonces con música de la zarzuela *La Verbena de la Paloma:*

"–¿Dónde vas con el bulto apurado? / A los lagos lo voy a tirar / es el cuerpo de Agusto Conrado / al que acabo de descuartizar".

Otro episodio análogo, ocurrido en 1929 y asociado también con el indiscreto lago de Palermo, fue el asesinato y posterior descuartizamiento de Virginia Donatelli, tras una disputa pasional con su ocasional concubino.

En la elección casi metafórica de ese puzzle sangriento que es el cuerpo desmembrado y disperso de la víctima se percibe una astucia adicional. Todo relato, en definitiva, es un montaje de fragmentos dispersos, un monstruo de la verosimilitud, del sentido o del goce, que se construye aleatoriamente con porciones heterogéneas de materia "muerta", usurpadas a diferentes registros imaginarios, existenciales, lingüísticos, cognitivos, etcétera.

La idea del puzzle corporal que debe ser rearmado para revelar una identidad y una malla de sentidos y motivaciones remite a un mecanismo típico de la literatura o del formato periodístico "sensacionalista" (precisamente el mismo a través del cual el suceso fue consumido por el imaginario popular, en esa etapa todavía pre-televisiva y protovisual de la información): el mecanismo de la fragmentación, del recorte, de la sumatoria adventicia e indicial de deshechos conjeturales, que la prensa, o la literatura concluyen por presentar como una totalidad inmanente. El homicida trata de despojar de su sentido e identidad a la misma materia que el cronista o el novelista, por un proceso inverso y con motivaciones a veces más complejas, se propone dotar de otra funcionalidad posible.

Abós, en este sentido, sugiere en su novela *Restos humanos* una "clave de armado" –amalgamada con las acciones y motivaciones del adolescente que fisgonea y asume, la actriz María Schell, el futbolista Rubén Bravo, los investigadores policiales, el Almirante, etcétera– que no es más fantástica o sorprendente que las que circularon verosímilmente en la imaginación pública en los primeros tramos del año 1955, con un deslizamiento residual que no deja de resultar sugestivo porque transfiere los datos enunciados por el thriller hacia otro eje más inquietante: el de la historia contemporánea.

El suceso novelado por Abós tiene, en primer término, el prestigio siniestro de lo macabro y excepcional, con todas las connotaciones anexas que le confieren por un lado las incógnitas iniciales (¿cuáles eran las identidades y los móviles –quizá terroríficos e innombrables– de la víctima y del victimario?), y por otro la pertenencia a una genealogía en la que se suman y contraponen el arcaico terror de los mitos (Orfeo destrozado por las Ménades, por ejemplo) y la retórica estereotipada de la crónica "sensacionalista", aunque a la postre, por esas cribas niveladoras que devuelven la justa perspectiva de las cosas, todo se reduzca al trágico desvío pasional (y tal vez preterintencional) de dos personajes banales, mínimos y patéticamente cotidianos.

Despojado de aquellas connotaciones "fuertes" y reducido a estos últimos términos de trivialidad, lo que hubiese quedado confinado a los límites más bien modestos del suceso, a pesar de sus resonancias, se involucra sin embargo retrospectivamente –desde la perspectiva literariamente más abarcativa de *Restos humanos*– con la mórbida sucesión de violencia, tragedia, desencuentro y perversidad de la historia argentina posterior a 1955 (aunque seguramente se puede establecer un linaje sangriento todavía más extenso), y adquiere por esa vía una densidad histórica referencial que rebasa los prietos límites del formato original, la mera condición de penoso retazo de la crónica policial de todos los días.

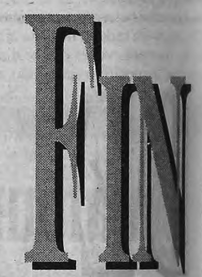
ALVARO ABÓS
Restos Humanos

MARCOS MAYER

El fin de siglo, no muy lejano, parece convertirse vertiginosamente en un espacio de cambios donde las viejas concepciones no consiguen hacer pie. Josefina Ludmer, crítica literaria argentina y autora de libros que implicaron una ruptura de lecturas cristalizadas por mucho tiempo, como *Onetti: los procesos de construcción del relato* o *El género gauchesco, un tratado sobre la patria*, decidió organizar en julio de 1994 un coloquio en la Universidad de Yale, donde es profesora de literatura latinoamericana, para tratar esta cuestión bajo la convocatoria de "Las culturas de fin de siglo en América latina". Con este mismo título la editorial Beatriz Viterbo acaba de publicar varias de las ponencias presentadas en ese congreso del que participaron, entre otros, Jean Franco, Carlos Monsiváis, Horacio González, Francine Masiello, Silvia Molloy, María Moreno y Julio Ramos.

–¿Cómo encarar la problemática del fin de siglo cuando parece no discutirse demasiado en la Argentina?

–Esto quizá se deba a la saludable resistencia de la Argentina a entrar en un discurso metropolitano. Y, también, como si todavía no hubiera entrado aquí de un modo muy nítido la idea de una transformación de discursos, que estos discursos de fin de siglo muestran muy claramente. Acá se han estudiado mucho ciertas coyunturas, por ejemplo el 80. También se habla del novecientos o del Centenario. Para mí, la idea de fin de siglo es la de un ciclo cuyos límites serían, más o menos, en la Argentina, el 80 por un lado y el Centenario por el otro. Un ciclo con rasgos propios, particulares, y con una cantidad de elementos que no se pueden ver cuando se lo corta en coyunturas.



–Los trabajos incluidos en el volumen que usted compiló y que acaba de publicarse, como también su introducción, se centran y trabajan con los excluidos pero, ¿qué pasa actualmente en el centro?

–Creo que uno de los cambios de la reflexión toca precisamente la relación centro-margen, tan importante en los 60 o en los 70. El capitalismo lo cubre todo, no parece haber espacios alternativos; el último mapa del Banco Mundial no registra fronteras nacionales sino flujos de capital. En síntesis, cambia la configuración del espacio. Lo que queda son intersticios, quizá grietas, ocupadas por los excluidos del proceso de "modernización". El modo en que empecé a pensar cierto paralelismo entre los dos fines de siglo en América latina era caracterizándolos como "saltos modernizadores" con internacionalización. Se abren fronteras, se internacionaliza la economía y también hay cambios en la política y la cultura, con ciertas tecnologías dominantes: el periodismo a fin del XIX y la imagen de televisión por cable ahora. De todas maneras, abandoné mis hipótesis para ver qué era lo que traían los otros críticos como problemas de fin de siglo.

–¿Qué es lo que surgió en ese coloquio?

–La novedad fundamental, si se puede hablar ahora de novedad, es algo que no había visto demasiado en la Argentina, que es el problema de la borradura de las naciones, de las fronteras. Obviamente, es el proceso económico actual, el del neoliberalismo con sus regiones. Este proceso se acompaña con una crisis de la idea y

El fin del siglo, inevitablemente, se presenta como un fenómeno global, que recibe una carga simbólica específica. Ese es el tema de "Las culturas de fin de siglo en América latina", compilación que Josefina Ludmer hizo de las ponencias presentadas en un congreso de la Universidad de Yale, donde participaron Jean Franco, Horacio González, Francine Masiello, Sylvia Molloy, Carlos Monsiváis, María Moreno y Silviano Santiago. Sobre ese encuentro y sobre esa delicada frontera imaginaria dialogó con Primer Plano.



Josefina Ludmer, de paso por Buenos Aires, donde se acaba de publicar su compilación de las ponencias presentadas en Yale sobre "Las culturas de fin de siglo en América latina".

DE SIGLO LATINOAMERICANO

del imaginario mismo de "la nación" en lo político y en lo cultural. Surgen también, ligadas con esto, ciertas ideas como la crítica al progreso y a la "modernización". Hasta ahora, progreso y "modernidad" se ligaban con la nación desde el punto de vista político. La crítica se realiza desde el punto de vista de los excluidos, de esos que el proceso de modernización deja afuera. Desde este punto de vista se critica también al progresismo, a los viejos intelectuales progresistas.

–*Esta crítica al progreso se da junto a una caída de la idea de nación...*

–Sí, porque con la caída del espacio unificante de la nación y de las fronteras nacionales, en lo económico ante todo, aparecen otros grupos, otras "tribus", con otras identidades. La globalización y la tribalización son correlativas, van juntas. Pareciera que cuando se generaliza, se universaliza un elemento; por el otro lado aparece algo como una unidad mínima.

–*¿Cuáles son las características del fenómeno de globalización?*

–Nuestra globalización actual es diferente porque se acompaña de una crisis de las naciones y del surgimiento de diversas tribus, cuyos sujetos no se identifican por su pertenencia a la nación o a una clase sino por sus identidades sexuales, raciales, religiosas, musicales, etcétera. Los voceros de esas tribus, que van surgiendo en la confrontación con el estado, serían nuevos intelectuales orgánicos, totalmente diferentes de los intelectuales progresistas. Ante todo porque se identifican como miembros de la tribu y parecen tener algo de líderes carismáticos. Como se ve, en este panorama se produce un cambio en el discurso de la cultura y la literatura. Se trata de ese "algo" más particular, más identificatorio, ahora, que la nacionalidad. Esto coincide también, por supuesto, con cierta crisis de la idea de clase social como sujeto y protagonista de la historia. Creo que las determinaciones de clase, de sexualidad, de raza, de género, de nación, de cultura y religión se cruzan, todas. No es que se aniquile la idea de clase social, para nada: sería la primera en oponerme a esto. Pero aparecen nuevas divisiones, con sus propias especificidades. Por eso me parece también que estamos asistiendo a una transformación total de lo político, igual que al final del XIX. Ahora hay un cierto desinterés y desconfianza por los partidos políticos y por la política nacional y estatal que se ha profesionalizado y es corrupta.

–*También la literatura sería una construcción de la nación...*

–La literatura ha sido tomada como la esencia misma de la nacionalidad. Los clásicos de la literatura son eso. Pero eso ocurrió en el siglo XIX, cuando se constituyeron las identidades nacionales en América latina; por eso una parte del libro está dedicada a considerar la literatura como fábulas que tienen mucho que ver con la política, y con la política cultural, obviamente. Pero ver hoy una literatura sólo en términos nacionales sería contradictorio con la transnacionalización del mercado editorial. Diría que las literaturas son hoy lenguas y no naciones. En este intercambio global, ¿qué cultura exportamos fuera de estas telenovelas que hablan de tú? Primero desnacionalizamos la lengua para poder exportar una telenovela al resto de América latina, interesante operación respecto de las identidades nacionales del siglo XIX. Pero, ¿es sólo la telenovela lo que exportamos culturalmente? Creo que es un punto clave de la cultura global de este fin de siglo. Cada vez se ve más claramente que el mercado interno no puede sostenerse por sí mismo, y esa preocupación está en todas las editoriales. La cultura argentina ha cultivado el localismo –yo diría que de un modo excesivo–, lo que hace muy difícil en este momento esta especie de salida. Por eso me divirtió –y me pareció muy ilustrativo y muy sintomático de esto– *Wasabi*, la novela de Alan Pauls, donde se describe sarcásticamente, inclusive con el cuerpo en juego, la salida de un escritor argentino al exterior, a París, capital del siglo XIX.

–*¿No podría pensarse la nación como una memoria, una acumulación de experiencias?*

–La nación como experiencia de la memoria es una fábula que tiene cantidades de relatos, de palabras congeladas, de situaciones, de gestos. Es un complejo que mucha gente está tratando de desmontar en este momento.

–*Frente a estos fenómenos que usted describe hay quienes lamentan la pérdida de un estado de cosas.*

–Hay una línea que lamenta la pérdida de los principios de la modernidad. Hay otra línea que festeja la posmodernidad como más representativa de cierta "realidad" latinoamericana. En el libro hay trabajos que dicen que la modernidad en América latina es una máscara retórica, o que es una exageración paródica. Cuando vine acá y vi a la gente con los teléfonos por la calle, se me hizo presente esa exageración paródica de la modernidad en América latina. La pregunta entonces es: ¿no será que la modernidad siempre fue ese invento europeo que tuvimos que adaptar y trabajar en base a ese esquema cuando en realidad, como dicen algunos críticos, la posmodernidad es más coherente con la cultura latinoamericana? Hay toda una polémica alrededor de eso pues casi todos los críticos sostienen que las historias de las literaturas latinoamericanas han sido escritas con un criterio moderno. Toda textualidad contra el progreso, no muy racional, extraña, todo lo que puede pensarse como antimoderno y premoderno ha sido reprimido. Y entonces la idea es empezar a revisar el canon.

–*Otro de los problemas discutidos del coloquio, que incluso organizan un capítulo del libro, es la representación de los excluidos.*

–Los excluidos traen el problema de la representación, de cómo se representan a sí mismos y cómo son representados en la cultura y la literatura. En la Argentina es muy difícil que entren ciertos términos. Creo que los discursos metropolitanos en cada lugar son traducidos de acuerdo con la tradición cultural propia. La historia de la Argentina es también una historia de la exclusión de las minorías, y también una historia de la representación de los excluidos en la cultura. Desde la representación que justifica la exclusión hasta la idealización. Me interesa más eso desde el punto de vista literario y cultural. Los excluidos de la modernización se relacionan de un modo muy extraño con la representación. Por un lado, son representados oficialmente para justificar su exclusión; pero, por otro, ellos mismos elaboran sus propias representaciones, que a veces coinciden con la representación oficial.

–*¿Cómo leer la literatura en este proceso?*

–Creo que la literatura es un lugar donde ciertas cosas aparecen o se elaboran por anticipado, porque son imaginarias y también por la complejidad o densidad de la lengua que las dice. Por supuesto, todo depende de cómo se las lee. El caso de Roberto Arlt es paradigmático. Por eso se podría pensar que ya han aparecido, en la literatura latinoamericana de fin de siglo, en este "salto modernizador", el problema de la crisis de las naciones, los cambios en la representación que traen los excluidos, el nuevo mundo de la información visual global. Lo que pasa es que para poder leer esos fenómenos se necesita otra mirada, porque si se los lee con una mirada "moderna" y progresista, la del canon, no se ven. Eso es lo que dice Silviano Santiago en su trabajo: cierta literatura "religiosa", contra el progreso, ha sido reprimida en la historia de la literatura brasileña; y Carlos Monsiváis habla, a propósito de los movimientos milenaristas mejicanos, de ciertas "utopías de derecha".

Las culturas de fin de siglo en América Latina

Josefina Ludmer (comp.)

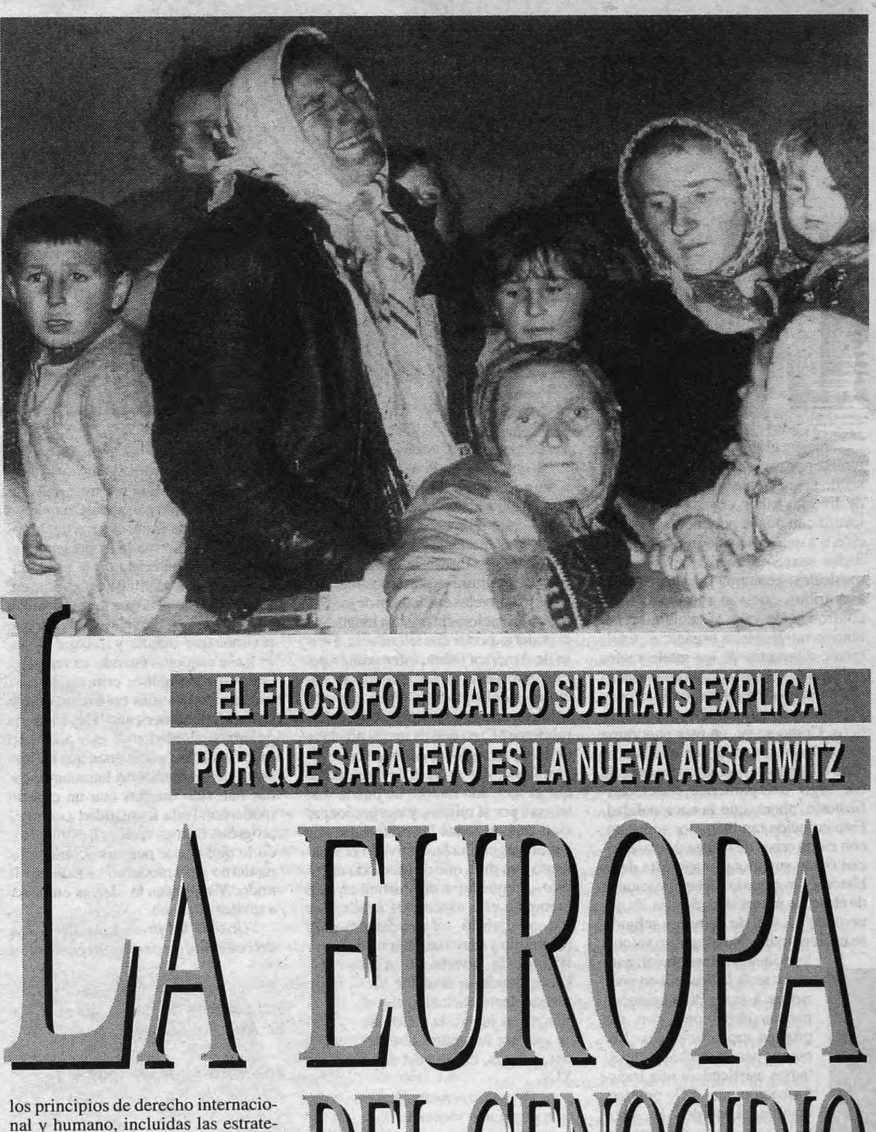


LA EUROPA DEL GENOCIDIO BOSNIO

EL FILOSOFO EDUARDO SUBIRATS EXPLICA POR QUE SARAJEVO ES LA NUEVA AUSCHWITZ

Filósofo y profesor en la Universidad de Princeton, Estados Unidos, Eduardo Subirats es el más polémico de los nuevos ensayistas españoles. Cuando todavía se discute su libro "El continente vacío", vuelve al ataque con un análisis de la desintegración de la ex Yugoslavia como un espejo de los fascismos y nacionalismos de las grandes guerras y como una responsabilidad cómplice de las potencias europeas.





EDUARDO SUBIRATS

La ocupación militar de las comunidades pluriétnicas de Bosnia-Herzegovina ha reiterado el paisaje de horror y terror militares, y de miedo y claudicación civiles que acompañó la liquidación de las comunidades judías europeas, desde Francia hasta Rusia, los días que precedieron la Segunda Guerra. Las escenas de destrucción generadas por esta guerra han despertado la memoria de una Europa profunda que se había querido olvidar: las de la primera y la segunda guerras mundiales, las de los frentes rusos y los genocidios de millones, la Europa de los populismos fascistas y de los campos de concentración, la Europa de Auschwitz y Guernica.

Sarajevo es la nueva Auschwitz. Porque es un campo de exterminio abierto a los ojos de todos: a las cámaras de televisión y los reporteros, a los connivthe soldados de la ONU, la mirada de las presidencias de los países de la Comunidad Europea, cómplices y agentes últimos de la desintegración yugoslava. Porque todos permanecemos impasibles y apáticos frente a las escenas de una destrucción que es la de Europa entera.

Pero en un segundo sentido esta guerra nos devuelve a la Europa profunda de los fascismos y los nacionalismos de las dos últimas guerras. La liquidación de Yugoslavia ha sido presentada mediáticamente como un fenómeno marginal e intrascendente. Así la habían definido con una abigarrada retórica edulcorada e hipócrita los jefes de gobierno Major y Mitterrand. Más aún, la agresión serbia ha sido justificada por los mediosde masas como una guerra "civil", dotada además de un folklórico carácter "tribal".

Se ha presumido que un monstruo se desató repentinamente y por causas desconocidas: el racismo. Y se ha querido hacer entender que el resto vino como consecuencia inapelable de un proceso natural. El renacido monstruo, el falaz Leviatán electrónico, se enarbola ya, por lo demás, como fehaciente prueba mítica para esta misma jerga fascista que poco a poco se hace predominante en Europa, de la implacable necesidad de un poder político autoritario, y como legitimación última de la liquidación de la democracia en la Europa de hoy y de mañana.

En ningún momento se ha puesto claramente en tela de juicio el populismo nacionalista pregonado simultáneamente por los gobiernos de Belgrado y Zagreb, sus prácticas sistemáticas de terror contra la sociedad civil, su persecución y represión de cualquier forma de disentimiento intelectual y político. Y en ningún momento se ha mencionado claramente el problema de fondo: primero, los nuevos y todavía indecisos repartos de fuerzas político-militares europeas, entre Alemania, por un lado, y Francia, Inglaterra y Rusia, en el otro extremo; segundo, la creación de una nueva frontera, un nuevo enemigo simbólico, una nueva beligerancia con un Sur, todavía indefinidos que los patrocinadores europeos de esta guerra quieren identificar a toda costa con un fundamentalismo islámico tan agresivo y letal como el propio fundamentalismo fascista de Belgrado y sus aliados.

Solamente esta voluntad política expansiva de los poderes nacionales europeos es capaz de explicar las demasiado aparentes torpezas y contrasentidos que desde París, Moscú y Londres han permitido armar al ejército serbio bajo la mirada penetrante de las fuerzas aéreas de la NATO y el beneplácito y la colaboración indirecta de las fuerzas de tierra de la ONU, mientras la fantasmática burocracia de Ginebra y Bruselas proclamaba a los cielos mediáticos que el efectivo embargo militar bosnio era la mejor garantía de distensión, y simulaba unas negociaciones de paz, que, efectivamente, servían para sancionar de facto la evidente violación por parte del agresor serbio de todos los principios de derecho internacional y humano, incluidas las estrategias de genocidio programadas por Belgrado, y todo ello con el objeto de poder pronunciar semanas más tarde, ante las primeras manifestaciones letales de la programada superioridad militar serbia, la conclusión razonable de que sólo es posible aceptar los hechos como son, y el genocidio final y sus consecuencias sociales y políticas, que esta burocracia diplomática del llamado grupo de contacto por lo demás menosprecia e ignora.

Todos hemos visto y oído las escenas de masacres y de horror, las violaciones masivas y perfectamente programadas, los testimonios de torturas y mutilaciones públicas, los infernales paisajes de devastación y muerte. Todos lo hemos visto impasibles. Con mediática impasibilidad e indiferencia. Pero no sólo se trata de esta ataraxia electrónica de las modernas guerras de exterminio. La otra parte de esta apatía hay que contarla en el haber de la larga tradición europea en materia de destrucción y genocidios.

Hemos contemplado callados cómo la ONU así como los medios internacionales de comunicación han boicoteado, cuando no impedido directamente, cualquier acto de solidaridad con las víctimas del genocidio. Hemos asistido a la desviación de cualquier labor de información que desmintiese la manipulación populista de los signos de identidad nacionalista, étnica, lingüística, política y religiosa que han protagonizado la desintegración social de esta región, al día siguiente del hundimiento de un sistema falsamente comunista en nombre de una democracia asimismo falsa.

El genocidio ha sido posible gracias a la pasividad civil y al silencio intelectual que lo ha rodeado. También una metáfora de la traición de los intelectuales que presidió el penúltimo genocidio europeo, y la expansión subsiguiente de los fascismos y la guerra el día después. Pero no sólo este silencio civil ha permitido el auge político y la victoria militar del militarismo serbio. La liquidación mediática de toda oposición democrática a las estrategias de esta guerra es la condición del nuevo fascismo que ya se encuentra en las puertas de muchos de los gobiernos europeos.

El agresivo discurso imperialista que ya adoptan los radicales en Rusia, Francia o Alemania son síntomas premonitorios tan claros de esta evolución, como la huida hacia adelante en el camino de la connivencia y cohabitación con el populismo nacionalista y antidemocrático que las cúpulas burocráticas de algunos gobiernos europeos como España o Italia emprenden para salvar los despojos de un poder interiormente podrido. Es el final de una democracia que ha sido reducida a sus más pálidos signos espectaculares, al día siguiente del desmoronamiento de un comunismo limitado a su expresión burocrática y autoritaria más oscura.

El genocidio de la población de Bosnia-Herzegovina, perpetrado gracias a la colaboración entre las fuerzas aéreas de la NATO, la soldadesca y la burocracia de la ONU, y las bandas fascistas de Belgrado, con el apoyo explícito de Rusia y Francia e Inglaterra, que en parte las han armado, señala el nacimiento de una nueva Europa. Su signo distintivo, pero oculto todavía bajo la magnificencia mediática de cumbres políticas, eventos culturales y espectáculos de corrupción política nacional y transnacional, es la liquidación de la sociedad civil, es el aplastamiento de la democracia en Europa. En su liquidación ha sido tan importante la función estratégica de las armas como el papel letal de los signos y, en primer lugar, de la manipulación populista de identidades raciales y nacionalistas allí donde no existían: en Sarajevo, símbolo destruido de una pasada coexistencia de tres religiones, y de la convivencia de la diversidad de las culturas de Europa central.

Hasta hace poco, en uno de los pasos fronterizos abiertos en el muro de Berlín, se exhibía una cita de Bertolt Brecht pintada en gruesos trazos rojos: "La gran Cartago hizo tres guerras –rezaba aproximadamente la leyenda–. Tras la primera quedó exhausta. Pero pudo recobrarse fácilmente. La segunda guerra dejó heridas que ya no pudieron cicatrizar jamás. Sin embargo, después de la tercera guerra Cartago quedó definitivamente arrasada". La conciencia europea parece hoy tan ciega como ayer a las últimas consecuencias que semejante principio espiritual de expansión universal y predominio y ejemplaridad encerró entonces y encierra: su radical división interna, su autodestrucción moral y material.